

N.º
49

Reseña 1

**Teoría
y Praxis**
Editorial Universidad Don Bosco - El Salvador

Vol. 24, N.º 49 septiembre-febrero 2026 pp. 176-182
ISSN 1994-733X
e-ISSN 2707-7411
ISNI 0000-0000-8755-6191

**Ramón Obdulio Lara Palma (2025),
Sacramentalidad del martirio cristiano. Ensayo
de antropología sacramental y sus implicaciones
eclesiales. Editorial Universidad Don Bosco, San
Salvador. ISBN: 978-99983-39-07-1 (impreso)**

*Ramón Obdulio Lara Palma. The Sacramentality
of Christian Martyrdom: An Essay on Sacramental
Anthropology and Its Ecclesial Implications.*

<https://doi.org/10.61604/typ.v25i49.599>
<https://hdl.handle.net/11715/2940>

Juan Vicente Chopin Portillo¹
Universidad Don Bosco
El Salvador.

Correo electrónico: juan.chopin@udb.edu.sv



ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-2035-1314>

Recibido: 20 noviembre 2025
Aceptado: : 10 de febrero 2026

¹ Doctor en teología por la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma. Docente Investigador de la Escuela de Teología de la Universidad Don Bosco, El Salvador.

Chopin Portillo, J. (2026b). [Reseña del libro Sacramentalidad del martirio cristiano. *Ensayo de antropología sacramental y sus implicaciones eclesiales*, de R. Lara Palma]. *Teoría y Praxis*, 24(49), 176–182. <https://doi.org/10.61604/typ.v25i49.599>



Los artículos de la Revista Teoría y Praxis de la Universidad Don Bosco, El Salvador, se publican bajo los términos de la Licencia Creative Commons: Reconocimiento, No Comercial, Compartir Igual 4.0

Introducción

El libro que reseñamos es la tesis doctoral de Ramón Lara, presentada y defendida en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Ramón Lara es sacerdote diocesano católico de la diócesis de San Miguel, El Salvador, C.A. Licenciado en teología dogmática por la Universidad Gregoriana, Roma (Italia, 2007-2010). Es profesor investigador de la Escuela de Teología de la Universidad Don Bosco de El Salvador y director de la Revista *Teoría y Praxis* de la Facultad de Ciencias y Humanidades de dicha universidad.

La problemática afrontada

El escrito plantea la tesis de que el mártir —y el martirio— tiene una ineludible dimensión sacramental. Por ende, su esfuerzo se centra en demostrar la sacramentalidad del martirio cristiano y, extensivamente, cuáles son las implicaciones eclesiales de esa sacramentalidad. La pregunta que rige la hipótesis reza así: *¿puede ser definido el martirio cristiano como sacramento?* Por tanto, su objetivo fundamental es «demostrar epistemológica y teológicamente que el martirio tiene una razón sacramental y que el mártir es analógicamente sacramento» (p. 417).

El libro consta de tres partes distribuidas en diez capítulos. En la primera parte, *Identidad martirial del cristiano*, realiza la fundamentación antropológica y responde a la pregunta *¿quién es el hombre que podemos llamar cristiano?* (p. 417); la segunda parte, *Identidad sacramental del mártir*, hace la fundamentación sacramental y responde a la pregunta *¿quién es el cristiano que podemos llamar mártir?* (p. 418); la tercera parte, *Identidad eclesial del mártir-sacramento*, desarrolla la aplicación eclesial y la pregunta que rige el argumento es *¿quién es el mártir que podemos llamar sacramento?* (p. 418). El libro, entonces, desarrolla tres expresiones de un mismo sujeto —el *hombre*, el *cristiano* y el *mártir*— en función eclesial. (pp. 243 y 417).

El aporte de este libro entraña un dinamismo simbiótico y regenerador de la Iglesia a partir de la hermenéutica del martirio cristiano. Dicho en palabras del autor, supone el paso «*de la Iglesia sacramento de salvación* [eclesiología sacramental] *a la Iglesia de los mártires* [eclesiología martirial] *para la re-identificación eclesial a partir del mártir-sacramento* [re-identificación eclesial]» (p. 305).

Como reconoce el autor, su libro es un «ensayo de antropología sacramental» (p. 13) que busca «definir al hombre como mártir, al mártir como sacramento (p. 14) al mártir-sacramento como redefinidor de la Iglesia» (p. 15).

Estructura

La primera parte define la identidad martirial que tiene todo bautizado (antropología martirial). El concepto de identidad cobra centralidad (cap. 1). De la mano de A. Gesché y P. Ricœur habla de tres tipos de identidad: identidad personal: *Identidad-Idem* [¿qué eres?], *Identidad-Ipse* [¿quién eres?] y la *Identidad Narrativa*.

El capítulo dos especifica el tema de la identidad del hombre llamado a ser cristiano y mártir; lo hace desarrollando los conceptos de lenguaje, alteridad, acción y simbolicidad. La cuestión de la estructura carnal y corporal del hombre es presentada como “camino de Dios” (A. Gesché) (p. 31). Desde una perspectiva cristiana, distingue cuatro formas de incorporación: «Primera in-corporación: *propio cuerpo*. Debo asumir mi cuerpo, incorporarme a mí mismo. Segunda in-corporación: *cuerpo de Cristo*... se da mediante un acto de fe y se expresa ritualmente (bautismo). Tercera in-corporación: *cuerpo del otro*... hacernos uno con el otro» (p. 34). «Cuarta in-corporación: *cuerpo eucarístico*» (p. 35). La relación en el binomio carne/cuerpo es retomada en la dialéctica existencial e histórica entre el *cuido de sí* y el *don de sí*. «Ese cuidado de sí mismo exacerbado lleva a una cultura narcisista» (p. 53). Por el contrario, «de la autocomunicación divina se infiere que Dios es don que se dona y que invita al hombre igualmente a hacer de sí mismo un don» (p. 59).

El capítulo tres tiene un enfoque cristológico de la identidad: «Cristo es la norma y fundamento de la identidad del hombre que decide hacer la *séquela Christi*» (p. 62). Es decir, el Dios de los mártires es el Dios capaz de sufrir y de morir como una víctima solidarizándose con todas las víctimas de la historia. El mártir cristiano está concernido en todos estos conceptos. (p. 63). La cita bíblica privilegiada es Gal 2,20: “No soy yo el que vive sino Cristo vive en mí”. En fin, el cuarto capítulo deduce la identidad martirial o existencial martirial de la identificación con Cristo, que actúa como principio veritativo: la verdad de Cristo es la verdad de los mártires. «El mártir, de imitador, se convierte en imitado» (p. 127). En resumen, nos dice el autor, «de entre tantos aspectos que se pueden decir en torno al qué del hombre nos limitamos a tomar cuatro: la estructura carnal y corporal, la historicidad, la trascendencia y la simbolicidad» (p. 137).

La segunda parte del libro demuestra que el mártir mediatiza de manera singular la unión de los hombres con Dios (antropología sacramental). La *identidad sacramental del mártir*, punto central de la investigación es leída desde tres ejes: *ontológico*, *cronológico* y *simbólico*. El capítulo quinto hace una explanación de los conceptos *sacramental*, *sacramentalidad* y *sacramentos* (ser sacramental). La conclusión a que llega en el capítulo cinco es que hay una evolución en el modo de entender el concepto de sacramento en la historia de la Iglesia y que «el hombre es en su más honda identidad un ser sacramental, en cuanto que necesita del *signum sacrum* para relacionarse con Dios» (p. 191). El autor se suma a la corriente renovadora de la concepción tradicional del sacramento, invitando a superar la dependencia que la tradición aristotélico-tomista ha provocado de un tipo específico de filosofía: «nuestro interés —nos dice— es sumarnos a esa tarea de repensamiento sacramental» (p. 199).

El capítulo sexto habla de la existencia sacramental. Para ello se apoya en las tesis de Luis-Marie Chauvet. Este autor «propone, en primer lugar, apartarse del lenguaje metafísico y/u “ontoteológico” porque lo considera impreciso; en segundo lugar, acoge los nuevos enfoques de comprensión de la realidad que vienen de las ciencias modernas, especialmente del aporte de la sociología, la lingüística y la hermenéutica. Por eso propone cambiar las categorías metafísicas por las simbólicas... ya no hablará de causalidad sino de mediación» (p. 194). Probablemente, la idea más notable en la propuesta Chauvetiana es la que habla de los «tres elementos constitutivos que estructuran la identidad cristiana: la *Palabra* (don/pasado), el *Sacramento* (recepción/presente) y la *Ética* (contra-don/futuro escatológico)» (p. 210). Dicho de otro modo: «Cristo en las Escrituras, Cristo en los sacramentos y Cristo en los hermanos» (pensar-celebrar-actuar) (p. 211). Y vista la propuesta desde «los *tria munera*: Profeta (momento *Palabra*) [*kerygma-martyria*], Sacerdote (momento *Sacramento*) [*leiturgia*] y Rey-Servidor (momento *Ético*) [*diakonia*]» (p. 233). En fin, vista desde las virtudes teologales: «La *Fe* nace de la acogida de la Palabra, la *Esperanza* se nutre y fortalece con la celebración litúrgico-sacramental, la *Caridad* se operativiza mediante el responsable compromiso ético» (p. 236).

La segunda parte culmina, en el capítulo siete, con la identidad sacramental. La tesis que maneja el autor es que «el mártir (sujeto), a raíz de su muerte martirial (evento), es colocado dentro del orden simbólico eclesial como un sacramento, es decir, como mediación simbólica reveladora y operadora de identidad» (p. 243). Una idea

muy remarcada, orientada ya hacia la tesis fundamental del escrito es que «el mártir es revelador de identidades. Revelación de la identidad de una iglesia fiel. La dimensión eclesial no puede ser separada del mártir» (p. 257). Es lo que al final el autor va a llamar «martiropraxis» (p. 299). Esto se da en tres momentos: la *prefiguración* (mimesis I), «los encuentros divinos que piden ser narrados» (p. 266); la *configuración* (mimesis II), «Dios se narra a sí mismo dejándose narrar por el hombre» (p. 267); la *refiguración* (mimesis III), en la que «Dios se sigue narrando en la vida de cada hombre» (p. 267). Lo que el autor propone es que «el *ethos* del mártir debe constituirse también en el *ethos* de la comunidad rememorante» (p. 276). Al final de la segunda parte, el autor, siguiendo a J.-L. Marion, propone al mártir y al martirio como ejemplos de fenómeno saturado: «el martirio en cuanto acontecimiento generador del mártir, ateniéndonos al lenguaje de Marion, se nos ofrece como un fenómeno saturado de revelación» (p. 287).

La tercera parte resalta la identidad eclesial del mártir, cuyo propósito consiste en encontrar los rasgos distintivos de una Iglesia redefinida por los mismos mártires (eclesiología martiro-sacramental). Los tres capítulos que la componen surgen de un único y coherente enunciado, «que parte del análisis sacramental de la Iglesia, pasa por la revisión de su carácter martirial hasta llegar a la necesaria redefinición en cuanto Iglesia mártiro-sacramental» (p. 305).

El capítulo octavo hace un recorrido histórico-teológico sobre la relación Iglesia-sacramento y su desembocadura en la comprensión conciliar de la Iglesia como Sacramento Universal de Salvación. En el capítulo noveno, el autor desarrolla la tesis central de su escrito: «la Iglesia no puede hacer otra cosa con sus mártires más que practicarlos, hacer “mártiro-praxis”» (p. 339). Abundando en el tema sostiene que «los mártires se convierten en los imitadores a imitar... *norma normans* del martirio o *lex martyrii*... el martirio es reconocido como *locus theologicus* adecuado para hacer eclesiología... bosquejo de eclesiología martirial» (p. 340).

Para lograr ese propósito desarrolla las leyes que rigen la praxis de la vida cristiana: *lex vivendi*, *lex celebrandi*, *lex credendi*, en esta tercera ley caracteriza a la comunidad martirial. Lamenta que «la Iglesia actual es la que no está haciendo acopio de ese gran tesoro, ese verdadero carisma eclesial, que es el martirio de sus miembros» (p. 351). En su configuración martirial la iglesia se juega su credibilidad de frente al mundo. La cuarta ley que propone es la *lex agendi*, que corresponde con el momento ético del que ha venido hablando, pero

puesto ya en clave eclesial. Al final, propone la necesidad de pasar de la *ortopraxis* a la *martiopraxis*, porque está convencido que «el verdadero sentido de mantener viva la memoria de los mártires es practicar su legado» (p. 366); en esa línea interpela al lector avezado: «¿qué estamos dispuestos a cambiar eclesial y personalmente para practicar a nuestros mártires?» (p. 366). La conclusión natural a la que llega es que el martirio es un *lugar teológico*.

Su tesis hace síntesis: hay que «repensar la Iglesia desde los mártires» (p. 370), superando lo que él llama la «Iglesia docetista», esto es, «conformarse con ser iglesia solo de apariencia, como si no existiese en lo real» (p. 370). Y mira en la propuesta eclesial del Papa Francisco un paradigma de la Iglesia de los mártires, una Iglesia evangélica, como una familia, samaritana, responsable, sinodal —«la jerarcología debe desaparecer para dejarle espacio a la cultura sinodal» (p. 375)— y hospitalaria (p. 412). Concluye: «los mártires, pues, tienen una función epistemológica y una fuerte función pragmática. Hacen pensar e incitan a obrar. Repensar la Iglesia a la luz de los mártires resulta un imperativo. Cada momento histórico exige una recompreensión eclesial y una adecuación de su misión según los retos que el momento presente plantea» (p. 370).

El capítulo diez reafirma la tesis expresada en el capítulo anterior. Habla de las implicaciones eclesiales de la «martiro-sacramentalidad respecto a lo institucional, lo comunal y lo pastoral» (p. 378). Para lograr su propósito se apoya en el esquema propuesto por Pié-Ninot, un esquema en tres partes: *Sacramentum tantum* [lo institucional de la Iglesia], *Res et sacramentum Ecclesiae* [dimensión comunal] y *Res tantum Ecclesiae* [caridad pastoral eclesial]» (p. 378). Sobresale en su propuesta la conversión de la estructura societal de la Iglesia al Reino: gobernanza como servicio y no como potestad; el paso del gobierno jerarcológico a otro más diaconal; los bienes de la Iglesia al servicio de la misericordia (transparencia); «una Iglesia pobre y para los pobres desde su institucionalidad: Iglesia responsable. La *ecclesia martyrum* es por principio responsable» (p. 390); estructuras eclesiales puestas al servicio de la dignificación del ser humano; pasar de la sola Doctrina Social a una Práctica Social de la Iglesia.

En la *Res et Sacramentum Ecclesiae* propone la sinodalización de toda la Iglesia: «aquí se pone en juego la mutua interacción entre la *Ecclesia docens* y la *Ecclesia dicens*, pues tanto el pueblo de Dios debe aceptar la enseñanza del magisterio, pero también el magisterio debe estar atento al *sensus fidei fidelium*» (p. 400); en fin, la «desclericalización eclesial» (p. 401). En lo que respecta la *Res Tantum Ecclesiae*

propone una Iglesia pobre y de los pobres: Iglesia samaritana ante los deshumanizados, que hace un servicio a la verdad, porque «la Iglesia de los pobres posibilita el encuentro entre *misericordia et veritas*» (p. 407). Ante un mundo descreído y plural, «la caridad de la Iglesia debe convertirse en acción humanizadora a partir del principio teológico de “la humanidad de Dios”... la *humanización* es una acción de caridad que la Iglesia no debe descuidar ni postergar... Dios se humaniza (*kénosis*) (p. 410).

El libro cierra con tres cuestiones abiertas: *¿Cómo relacionar la antropología martirial (don de sí hasta la muerte) frente a una cultura hipernarcisista actual (culto al cuerpo y huida frenética de la muerte)?* (p. 421). *¿Cómo pastoralizar el martirio, en cuanto realidad sacramental configuradora de identidad, de modo que la Iglesia pueda capitalizar la riqueza de su constitutiva martirialidad (pastoral del testimonio)?* (p. 422). *¿Cómo desarrollar y articular un ecumenismo de los mártires a partir de la sacramentalidad martirial?* (p. 423).

Valoraciones finales

El texto de Ramón Lara es recomendable para especialistas y estudiantes que se interesan por temas como la teología de los sacramentos, la eclesiología y la teología del martirio.

Es notable su aporte a la antropología del martirio cristiano, una materia que estaba pendiente en los estudios relativos al tema.

Es muy original y sugerente la lectura y aplicación que ha hecho de autores como Luis-Marie Chauvet y Jean-Luc Marion, en vistas a remozar y actualizar la propuesta tradicional de la teología de los sacramentos y su praxis litúrgica.

Su aporte más original es la re-identificación de la Iglesia a partir del mártir-sacramento; lo que él llama la «re-identificación eclesial» y su consecuencia, la «martiropaxis», que no consiste en una forma actualizada de la praxis donatista, sino algo muy preciso: tener la capacidad ética y de fe para poner en práctica la Iglesia que los mártires tenían en mente cuando donaron su vida por el Reino de Dios.